



EL ADOLESCENTE ANTE LA SEPARACIÓN DE LOS PADRES

P. Castells Cuixart

Universidad Internacional de Cataluña

Universidad Abat Oliba-CEU

Barcelona

Todos los cambios, hasta los más deseados, vienen con su melancolía, pues lo que dejamos atrás es parte de nosotros mismos. Debemos morir a una vida antes de poder entrar en otra.

Anatole France

Reacciones del adolescente

De entrada aflora el *sentimiento de enfado* hacia los padres. Muchos adolescentes se sienten traicionados porque no han sido informados a tiempo. En otros pesa más el enfado propio, por el reconocimiento de la infelicidad de los padres (al menos, de uno de ellos) y ver que necesitan ayuda y no saber como prestársela. Pero, sea por una razón o por otra, la mayoría de hijos están muy enfadados: la mitad están enojados con sus madres y la otra mitad con sus padres, y un buen número, con ambos. Está, pues, omnipresente en el colectivo adolescente este sentimiento de enfado o rabia contenida.

La mayoría también presenta una sensación de *sacudida de su identidad*, experimentando que algo se tambalea en lo más profundo de su ser y tienen que volver a apuntalarse, para no perder la brújula que les dirija en su proceso de identificación. Para mí es quizá de lo más preocupante de las secuelas de la separación matrimonial, ya que el punto de referencia de los hijos, el modelo parental que antes estaba bien presente, ahora está difuminado. Volveré sobre este asunto más adelante.

Las *manifestaciones depresivas* son frecuentes. A menudo, enmascaradas o camufladas bajo apariencia de trastornos somáticos: cefalalgias, abdominalgias, lumbalgias, etc. Otras veces acompañadas de espectaculares crisis de ansiedad o de abiertos cuadros de episodio depresivo mayor. Con respecto a la depresión, quiero advertir que hay que tener especial cuidado con los adolescentes que ya presentan tendencia depresiva en sus antecedentes y ahora se les añade la separación de los padres: es una peligrosa combinación que puede terminar en suicidio.

Probablemente, la característica más destacable de cómo afecta la separación al adolescente es la aparición de un profundo *sentimiento de pérdida*, que se manifiesta en el joven por una desagradable sensación de vacío, dificultad para concentrarse, fatiga crónica, pensamientos recurrentes o pesadillas intensas, abocando todo ello en un cuadro de depresión severa.

En esta época de la vida adolescente en que inciden tan intensas pérdidas (por la infancia que se ha dejado atrás, por el despegue protector de los padres, etc.) cada una de ellas seguida del consiguiente proceso de duelo o luto emocional; ahora, hay que añadir el importante *life event* o acontecimiento vital de la separación de los padres. Éste otro doloroso sentimiento de pérdida (por la fractura familiar), tiene el inconveniente de que en este caso la pérdida tiene una carga menos simbólico porque el hecho es más real y tangible: se ha perdido la unión entre los padres y quizá, además, para el hijo se ha perdido un padre que está ahora en paradero desconocido.

Un importante aspecto en esta franja de edad es el dramático cambio que experimenta la relación entre padres e hijos, siendo muy llamativo, entre estos cambios relacionales, el establecimiento de una **alianza con un progenitor**. Prácticamente una cuarta parte de los adolescentes constituye una fuerte alianza con un determinado progenitor en contra del otro.

Pero, no todas las alianzas tienen la misma calidad de consistencia y duración. Tengo que hacer constar, por ejemplo, que la alianza con el progenitor no custodio (habitualmente el varón en nuestra sociedad actual) no acostumbra a sobrepasar el primer año de postseparación. Por el contrario, la alianza con la madre (que habitualmente es la encargada de la custodia en nuestro medio) continúa estable después de los primeros años de la separación, lo cual se observa incluso en los casos en que los hijos tuvieran una pobre relación con ella antes de la separación.

También aumenta la **ansiedad acerca del sexo** y aparece una mayor actividad sexual del adolescente, como la masturbación u otras actividades eróticas, fomentadas en gran medida por la forma de vida de los padres, muchos de ellos volcados en frenéticas aventuras amorosas, en las que predominan las muestras de afecto y las relaciones sexuales con las nuevas parejas mantenidas sin el debido recato delante de los hijos. Mientras que en otros casos la ansiedad que presenta el hijo es debida a su condición de “espía o informador sexual”. Servicio que le obligan a ejercer algunos progenitores, deseos de saber a toda costa la vida afectiva y sexual que llevan a cabo sus ex parejas con sus nuevas adquisiciones, información que intentan arrancar con todos los pormenores interrogando a fondo al hijo así que regresa a casa: “¿Es guapa ella?”, “¿Él le daba besos en la mejilla o en la boca?”, “¿Qué hacían mientras estaban juntos?”, etc.

Y como última reacción que considero reseñable es la que denominamos **retirada estratégica o aplazamiento de la entrada a la adolescencia**. Con ella lo que consigue el hijo es no involucrarse en el proceso de maduración personal, emocional y moral, que le conduce inexorablemente a su desarrollo adolescente y apearse del mismo lo más rápido posible. “Ya llegarán tiempos mejores”, parece que se digan para sí. Esta autodimensión puede tratarse de una interferencia temporal que aplaza la entrada al nuevo nivel madurativo, aunque los hay que presentan una prolongada interferencia en la cual el hijo “se acomoda” en la edad cronológica en que está, a la espera de circunstancias más apetecibles para ir subiendo los peldaños de la adolescencia. A veces, incluso, hacen una auténtica regresión a etapas anteriores, adoptando comportamientos más infantiles. Observo en estos hijos situados en estas fases de aplazamiento una sensación de malestar y ansiedad con respecto a las cuestiones relacionadas con el sexo y están muy preocupados por su futura vida en pareja.

Con todo, al margen de estas reacciones habituales de los adolescentes que les he ido exponiendo, hay que hacer notar que la visión más realista de la situación familiar también agudiza los sentimientos del adolescente hacia sus progenitores y la propia tesitura en que se encuentra cataliza el incremento de su maduración en autonomía y responsabilidad. De tal manera, que gran número de jóvenes en vez de dar pasos hacia atrás dan grandes zancadas hacia delante, asumiendo responsabilidades domésticas, empezando a preocuparse por las necesidades económicas de la familia o aplicándose al máximo en sus tareas escolares. Mientras que en otros casos, esta maduración “expres” del adolescente también la observo en los jóvenes que ponen distancia con la conflictiva de sus padres, no dejándose involucrar ni arrastrar por su problemática conyugal, ni tampoco convencer por sus cánticos de sirena que les animan a formalizar una alianza unilateral. Estos adolescentes deciden cortar amarras con los conflictivos padres, optando por ir a la suya, cuando no deciden abiertamente mandarlos a paseo: “¡Que les zurzan!”, “Yo paso de sus problemas”, etc.

Falta el modelo de identificación

La mayoría de estudios confirma que la ausencia del progenitor del mismo sexo que el hijo repercute en su desarrollo afectivo y cognitivo. Lo cual es una muestra de la importancia que tiene la presencia del padre del mismo sexo como modelo de identificación de la descendencia.

Así, según sea el padre o la madre el personaje ausentado del hogar, repercutirá respectivamente en el hijo o en la hija adolescente. La falta de este progenitor con quien identificarse -para rivalizar con él o ella, para emularle o para imitarle- angustia al hijo y le obliga a pedir urgentemente el progenitor custodio del otro sexo... que vuelva a casarse. Y como complacer a los hijos en esta cuestión no es tarea fácil de los adultos ya escarmentados, tendrán éstos que ingeniárselas buscando modelos de identificación supletorios: por ejemplo, echando mano de los parientes (abuelos, tíos, etc.).

El hijo varón que está confiado a la tutela de la madre necesita la presencia de un personaje masculino en su vida; al igual que la niña necesita la presencia de una mujer, si le toca vivir sola con el progenitor masculino. Después de toda separación es muy deseable que los hijos tengan contacto con adultos de ambos sexos. De la familia de origen de cada uno de los esposos han de surgir las figuras adultas que hagan esta función vicariante, supliendo al progenitor que ha desaparecido de la estructura familiar. Así, a falta de un nuevo consorte, muy a menudo son los abuelos quienes asumen el papel de padres sustitutos. Cuando la custodia la tiene la madre y no se sabe nada del padre, le toca al abuelo representar la masculinidad que necesita el niño; y cuando la custodia recae en el padre y no se tienen noticias de la madre, la abuela representa la femineidad para la niña.

Si el adolescente no puede crecer con un representante de cada sexo en su casa, se puede producir en él o ella una limitación en su capacidad de identificación, lo que se denominamos, metafóricamente *hemiplejía simbólica*, según acertada expresión de la psicoanalista Françoise Dolto.

La red social, la valiosa *network* que preconizan los anglosajones, ayuda enormemente al niño en el proceso de separación. Permite al adolescente tener contacto con pluralidad de hombres y mujeres, con lazos de sangre o de parentesco por afinidad, amistades sinceras en general, constatando así que su madre o su padre no son seres socialmente solitarios. No me cansaré de repetir que el niño tiene necesidad de que varios adultos de sexo diferente se ocupen de él o ella. Las chicas, por ejemplo, necesitan conocer a personas varones del lado materno apreciadas por la madre, y a mujeres del lado paterno apreciadas por el padre, y con los adolescentes varones pasa otro tanto (y no me estoy refiriendo a que forzosamente se trate de amantes de los padres, sino de personas que sirvan al adolescente de modelos de identificación necesarios para su armónico desarrollo).

Es un grave error parental intentar “satanizar” a los ojos del hijo el sexo del otro progenitor. Piensen, que si la separación ha sido traumática, el resultado habrá sido que un modelo de identificación sexual haya quedado malparado. Según quien hubiera desencadenado del proceso fracturador y de la forma incorrecta en que lo haya llevado a cabo, será el referente masculino o el femenino el que se haya ido al traste, aunque sea temporalmente. A punta de oír velados menosprecios, cuando no abiertos insultos: “Todos los hombres sois iguales de desgraciados”, “Como mujer que eres, serás una p... como tu madre”, etc., el hijo del mismo sexo del progenitor causante del desaguisado (al menos, el que parece culpable), puede sentirse “partícipe” de la ofensa que se ha causado a la otra parte de la familia que luce el otro sexo. Y se impone clarificar con urgencia estos malentendidos en que el adolescente no tiene arte ni parte.

Cambios de conducta y de papeles en los hijos

Está bien demostrado que, comparativamente con los hijos de ambos sexos de familias intactas, los trastornos de conducta de los hijos de padres separados son más elevados. Tales problemas conductuales pueden verse en adolescentes varones y en mujeres durante el primer año postseparación, pero se presentan con mayor intensidad y pueden persistir mucho más tiempo en el caso de los hijos varones. Estos manifiestan estadísticamente, a los ocho años de la separación de sus padres, una serie de conductas impulsivas e hiperactivas junto con comportamientos antisociales de violencia y delincuencia, muy por encima de las conductas anómalas que presentan los chicos y las chicas de familias con bajo nivel de conflictos matrimoniales y de familias intactas.

Un aspecto que quiero comentar y que los profesionales de la salud deben advertir a los padres separados para que estén al tanto y ojo avizor, aunque sea desde dos observatorios distintos, se refiere a la promiscuidad sexual y la drogadicción de los hijos. Es conocido que el uso del sexo de manera precoz es frecuente entre las niñas de padres separados. Según datos estadounidenses que tengo a mano: una de cada cinco mujeres adolescentes tiene su primera experiencia sexual antes de los 14 años, y uno de cada cuatro adolescentes varones, en la misma situación de separación, comienza a consumir alcohol y otras drogas también antes de los 14 años. Cuando llegan a los 17 años, más de la mitad de estos adolescentes beben o consumen drogas de manera habitual.

En otro orden de cosas, el trasvase de funciones entre ascendientes y descendientes que acontece en la familia es una de las facetas más llamativas de las situaciones de separación que nunca deja de sorprenderme. Así, resulta que algunos adultos que han tenido escasa relación afectiva con sus hijos -por las razones que sean: trabajo absorbente, falta de tiempo libre, temperamento reservado, etc.- cuando sucede la rotura de la pareja intentan buscarlos con mayor intensidad. Intuyo que la razón de este vuelco de la afinidad está en que ahora necesitan a sus vástagos y antes no. La separación ha descolocado a estos padres y su equilibrio personal precisa del apoyo de los hijos. Y aquí es donde pueden salir ganando ambas partes, padres e hijos, porque tienen la oportunidad de redescubrirse y conocerse mutuamente mucho mejor. En resumidas cuentas, el progenitor puede encontrar en los hijos el apoyo moral que necesita y los adolescentes encuentran al progenitor con quien tienen que realizar el proceso de identificación.

La madre o el padre y el hijo adolescente tienen sus conversaciones íntimas, hablan de los problemas de la vida, se reparten responsabilidades domésticas y abordan un sinnúmero de temas y situaciones que quizá antes de la separación hubiese sido impensable. La mutua dependencia de padres e hijos es característica de este período crítico. Pero, se impone distinguir entre los casos de genuina cooperación de los hijos, que se realiza puntualmente y ante determinadas circunstancias, de otros en que se produce un aberrante cambio de los papeles familiares.

Como sucede, por ejemplo, en los *hijos que hacen de padres de sus propios padres*, porque se da en estos casos la situación de convivencia de un “progenitor débil” y un “hijo fuerte”. Y este es el papel que le toca asumir al adolescente -voluntaria o involuntariamente-: servir de apoyo a la deteriorada autoestima del progenitor hundido. En esta comprometida situación, este hijo-centinela, en continua alerta en el hogar monoparental, constantemente pendiente de las reacciones del adulto deprimido, sin poder ejercer de adolescente y relacionarse socialmente con sus iguales... puede quedar seriamente afectado en su desarrollo psicoemocional.

O en otros casos, la trampa de la complicidad con un progenitor puede obligar al hijo a idealizarlo y tomar la decisión de consagrarse a él o a ella para toda la vida: “No me casaré, porque mamá se sacrificó por mí”, “Estaré siempre junto a papá, porque el pobre ha sufrido mucho”, etc. Estas reacciones son diferentes según se trate de chicos o de chicas. En la adolescente mujer el cambio de conducta puede adoptar la forma de proyecto inconsciente de *hermanamiento*, que consiste, por ejemplo, en vivir como “hija atrapada”, para así compensar a su madre en el futuro por lo mucho que hizo al tirar adelante la familia cuando el padre les

abandonó. Y el adolescente varón, para no dejar de lado a su madre decide, por ejemplo, no tener vida amorosa o no iniciar los estudios que tenía proyectados por entender que costarán caros y durarán demasiado. Aunque es obvio que estas situaciones que describo pueden presentarse en hijos de ambos sexos y con cada uno de los progenitores. Otra situación aberrante, en esta misma línea de sacrificio filial, es la forma de actuar de algunos adolescentes viviendo una fingida castidad, con tintes de falsa homosexualidad, con camaradas adictos como ellos o ellas al *deber familiar*.

Un último cambio de papeles a que quiero hacer referencia es cuando el hijo varón, asume la *responsabilidad de esposo* y actúa como tal en todos los menesteres cotidianos (exceptuando, claro está, en las relaciones sexuales..., aunque conozco algún caso de escarceos amorosos casi incestuosos). Aquí el adolescente se puede comportar como el representante simbólico del padre despótico que se ha ido de casa, adueñándose de su personalidad y martirizando con su control tiránico a la madre responsable de su custodia, y obstruyendo, incluso, la nueva vida social con nuevas relaciones a que la madre intenta optar: “¿Con quién sales esta noche?”, “No llegues más tarde de las doce”, “¡Ponte un vestido menos escotado y quítate este maquillaje tan exagerado!”, etc.

Bibliografía:

- Beyer, R. y Winchester, K. *Cómo explicar el divorcio a los niños: un manual para adultos*, Oniro, Madrid, 2003.
- Burgoyne, J. *El divorcio, los hijos y usted. Para una ruptura equilibrada*, Medici, Barcelona, 1983.
- Castells, P. *En pareja. Los secretos del amor y el desamor*, Planeta, Barcelona, 2003.
 - *Separarse bien. Pensando en los demás y en uno mismo*, Espasa Calpe, Madrid, 2005.
 - y Silber, T.J. *Guía práctica de la salud y psicología del adolescente* (3ª ed.), Planeta, Barcelona, 2003.
- Dolto, F. *Cuando los padres se separan*, Paidós, Barcelona, 1989.
- Gardner, R. *El libro para chicos de padres separados*, Galerna, Buenos Aires, 1978.
- Godoy, E. *El niño ante el divorcio*, Pirámide, Madrid, 2002.
- Liberman, R. *Los hijos ante el divorcio*, Hogar del Libro, Barcelona, 1980.
- Mayle, P. *El divorcio. Cómo explicárselo a los niños*, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- Pagès, M. *Hijos y divorcio*, Martínez Roca, Madrid, 2000.
- Rodríguez, N. *¡Socorro! Papá y mamá se separan. Cómo afrontar con inteligencia una separación sin traumas*, Océano, Barcelona, 2003.
- Rojas Marcos, L. *La decisión de divorciarse*, Espasa Calpe, Madrid, 1986.
 - *La pareja rota. Familia, crisis y superación* (2ª ed.), Espasa Calpe, Madrid, 2003.
- Urdaneta, Y. de. *Los hijos del divorcio*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1986.

- Vallejo-Nágera, A. *Hijos de padres separados. Consejos para recuperar la armonía y el respeto ante un nuevo futuro*, Temas de Hoy, Madrid, 1993.
- Wallerstein, J.S. y cols. *El inesperado legado del divorcio*, Atlántida, Madrid, 2002.